Ganador Categoría B (14-17 años)

Relato: "La guardia de Nochebuena"
Autor: Diego Lorenzo Domínguez

LA GUARDIA DE NOCHEBUENA

Autor: Diego Lorenzo Domínguez

El 24 de diciembre, mientras ayudaba como voluntario en el centro de salud, Marcos escuchó un clic extraño. Venía del fondo del pasillo, justo donde se encontraba la antigua Sala 7, cerrada desde hacía años. La luz parpadeó y un hilo de brillo azul se deslizó por debajo de la puerta.

Marcos tragó saliva. Sabía que no debía acercarse… pero algo dentro de él, una mezcla de intuición y curiosidad, lo empujó a girar el pomo. La puerta se abrió con un leve crujido y, en la penumbra, brillaba un objeto plateado sobre una camilla cubierta de polvo. Se acercó para ver qué era, y comprobó que se trataba de un pequeño reloj de bolsillo. No sabía si era conveniente tocarlo, pero por una sensación parecida a la que le había empujado a abrir la puerta, se decidió a cogerlo.

De repente, todas las luces se apagaron, y la camilla y la sala 7 se convirtieron en un torbellino que daba vueltas a su alrededor. Esto sucedió durante tan solo unos segundos, tras los que su entorno se convirtió en lo que parecía ser un hospital. No estaba de pie, ni sentado, ni tumbado como cabría esperar, sino que al observar la perspectiva con la que veía a la gente por el pasillo central caminar de un lado a otro se dio cuenta de que flotaba. Esto le asustó. Miró hacia abajo. Las cabezas de sanitarios y pacientes iban de un lado a otro. Advirtió que no tenía pies ni manos. Aun así, notó el tacto frío del pequeño reloj en el bolsillo de su chaqueta, por lo que su cuerpo no había desaparecido, sino que se había vuelto invisible.

Al comprobar todo esto se quedó paralizado. El mismo sentimiento de curiosidad le obligó a deambular por el hospital. Flotó durante largo rato por los pasillos hasta que la puerta entreabierta de una consulta llamó su atención. Entró atravesando el umbral iluminado por la típica luz blanca de los hospitales. Vio una camilla con un gran aparato al lado cuyo uso desconocía y, al fondo de la habitación, una ventana, tras la cual se veía la ciudad iluminada por la decoración navideña y todas las ventanitas encendidas.

Pero lo que más llamó su atención fue que había alguien más allí. Una doctora estaba sentada tras un ordenador de sobremesa, tecleando algún documento. Tenía cara de sueño, pues ya eran las once de la noche.

"¿Por qué estará trabajando en Nochebuena?", pensó Marcos. "¿Por qué no está en su casa?"

— Esta guardia ha sido bastante mala comparándola con la del año pasado — dijo una voz detrás suya.

Marcos se sobresaltó. Pensaba que nadie podía verle. La voz se trataba de una pequeña criatura, muy parecida a lo que sería un elfo, salvo que era de color azul claro y flotaba. Vestía un sombrero puntiagudo con un cascabel en la punta, una bata y un pijama debajo. De su cuello colgaba un pequeño fonendoscopio.

— Estás menos sorprendido que los voluntarios de otros años. ¿No es la primera vez que ves un elfo flotante de color azul? — preguntó la criatura.

Marcos se quedó boquiabierto.

— ¿Quién eres? — fue lo único que pudo decir.

— Soy el fantasma de la guardia de Navidad, y aunque a veces me llamen el fantasma de la sala siete, prefiero el otro nombre — respondió — . Llevo quinientos años en el hospital de esta ciudad, realizando mi trabajo desde que hay voluntariado.

— ¿Cuál es tu trabajo? — preguntó Marcos.

— Me encargo de hacer visitas del hospital el día de Nochebuena. Pongo mi reloj de bolsillo en la sala siete, y cuando dan las nueve de la noche con el clic de la hora en punto, siempre pica algún voluntario — dijo con una sonrisilla, pero al ver la cara de enfado que ponía Marcos, rectificó rápidamente — . ¡Pero no tienes que enfadarte conmigo! Lo hago por una buena razón.

— ¿Qué tiene de bueno engañarme para traerme aquí? — replicó Marcos, aún algo enfadado.

— ¿Te has fijado en la doctora que está sentada detrás del ordenador? — preguntó el fantasma.

— Sí — respondió Marcos.

— Hoy le ha tocado la famosa guardia de Nochebuena. Ha estado trabajando desde por la mañana, y hasta mañana por la mañana debe continuar. Cuando a un médico le toca guardia, debe permanecer en el hospital para atender las urgencias durante veinticuatro horas.

— ¡Pero quién se pondría enfermo en Navidad! — dijo Marcos, aunque en ese momento se acordó del médico que aquella vez que se levantó vomitando en la noche de Navidad le había atendido en el hospital, y del enfermero que le había cuidado toda la noche hasta que le dieron el alta. Así se dio cuenta de que lo que acababa de decir era incoherente — . Y, además, ¡eso son muchas horas!

— Por eso es importante ir al hospital si realmente se está enfermo, para facilitar el trabajo de los sanitarios, especialmente en esta noche importante para todos.

— Ya veo... — entendió Marcos. En aquel momento sintió algo de vergüenza al recordar la vez en la que había fingido que se encontraba mal para no ir a casa de sus primos.

— ¿Comprendes ahora en qué consiste mi trabajo? Le muestro a la gente la labor de los sanitarios y del resto de trabajos que también son necesarios en Navidad.

Marcos quedó asombrado. Nunca había reparado en que la Navidad no era un día festivo para algunos.

En aquel momento sonó un clic que a Marcos le resultó familiar y, de repente, todo empezó a dar vueltas a su alrededor. El fantasma, los pasillos del hospital, sanitarios y pacientes se convirtieron en un torbellino que tan solo duró unos segundos. Se encontró de nuevo de pie, mirando al pequeño reloj de bolsillo en la oscura sala 7. Un destello de luz azul brilló en el interior del reloj. Marcos miró la hora. Volvían a ser las ocho y media. Parecía que el tiempo no hubiese pasado.

Salió de la sala 7 al pasillo del centro de salud. Todo seguía igual que antes de que se fuera. Nunca llegó a estar seguro de si lo que le ocurrió aquella noche fue realidad o tan solo un sueño...